

Olegario Lazo Baeza

El desertor (*)



L rancho se aparragaba avergonzado de encontrarse en un valle hermoso, fértil y rico. En el umbral, al lado de una carreta que dormitaba sobre su pértigo apoyado en tierra, estaban sentados los dos viejos. Mientras él retorció parsimoniosamente un cigarrillo de hoja, ella decía, con expresión de dolor en el tono y en el semblante:

—¿Qué será de nuestro hijo...?

—Dos meses que se lo llevaron tan lejos y todavía no sabemos na d'él.

La campesina movió la cabeza a un lado y otro:

—Esta guerra..., Dios santo... Dicen que ha muerto mucha gente.

El hombre dió una larga chupada al cigarrillo, dándose tiempo para pensar:

—Si los reyes, presidentes, diputados y ministros tuvieran que ir a peliar, se acabarían las guerras en el mundo.

La vieja se exaltó con el razonamiento de su marido, Buscó

(*) Este cuento pertenece a un próximo libro que el eximio cuentista que es Olegario Lazo, publicará con el título de «Hombres y Caballos».

palabras para expresar su sentir; y, como no las encontró en su escaso vocabulario, sólo dijo:

—Es claro: los peligros y penurias son para el pobre no más. Nos quitaron el único hijo que llegó a guaina, el único caballo y la única yuntita de bueices.

El viejo apoyó, con gesto amargo:

—Quedamos a brazos cruzados y con el credo en la boca, por la suerte del niño...

«El niño» era un mocetón de veinte años, fornido y valiente...

El anciano continuó:

—Hoy, cuando don Ruperto pasó a pedirme un trago de agua, me dijo que a cinco leguas de aquí, en Los Cristales, había llegado mucha tropa, y que era fautible que allí estuviera José del Carmen.

La vieja se levantó de un salto, como si súbitamente la hubieran libertado del peso de treinta años:

—¡Y no habíai dicho na...! Mañana mesmo vamos a preguntar por él.

El hombre asintió con la cabeza.

... El crepúsculo envolvía cielo y campo, y la noche se acercaba sorpresiva y silenciosa. Los grillos cantaban. El fresco enfriaba los miembros enjutos de los campesinos. Cargados de tiernos pensamientos paternales, se levantaron lentamente, atrancaron la puerta y se acostaron. El viejo se durmió en seguida, martillado por el sueño. La vieja repasó una y otra vez las pocas oraciones que sabía, y en todas ellas envolvió a su hijo ausente. Y se durmió repitiendo:

—Líbralo, Señor, de todo mal. Amén.

Como a las dos de la mañana el matrimonio despertó sobresaltado. Golpeaban la puerta, cacareaban las gallinas y Copito ladraba furiosamente, anunciando la llegada de extraños. Los viejos pensaron:

—¡Salteadores...!

Pero no era así.

El rancho estaba rodeado, rodeado por tropa a pie. Una voz enérgica, prestigiada por el ruido de armas al chocar, preguntó:

—¿Vive aquí José del Carmen Orellana?

Una ráfaga nerviosa de temor incontenible enmudeció al viejo. La vieja, venciendo el miedo, gimoteó:

—Sí; pero él no está aquí, señor.

—¡Eso es lo que vamos a ver...! —respondió ásperamente el militar que hacía de jefe. Dió un gruñido y agregó:

—¡Enciendan luz; abran la puerta y salga todo el mundo!

Los moradores obedecieron prestamente y salieron a medio vestir, temblando y a pie desnudo. Al ver soldados nuestros, se tranquilizaron. El sargento que los mandaba era un suboficial peludo, con cara de gorila. A la luz de la luna, hizo un prolijo registro dentro y fuera del ranchito. Decepcionado de su pesquisa, dijo rudamente:

—Orellana desertó hace dos días. Debe estar...

La campesina lo interrumpió, preguntando a su marido por lo bajo:

—¿Qué cosa es «desertó»?

El sargento le lanzó las palabras por encima del hombro:

—Echarlas sin permiso, no volver más al regimiento y ganarse cuatro tiros en el pecho...

Los padres, como si hubieran estado de acuerdo, protestaron vivamente:

—José del Carmen es muy bueno. No puede haber cometido esa falta.

El sargento los miró de arriba abajo, con desprecio, como si quisiera fundirlos y moldearlos con la mirada. Dejó dos hombres al cuidado del rancho y de la vieja, y él se alejó con su tropa y con el viejo en dirección al camino. Cuando hubo recorrido

unos quinientos metros, hizo alto, puso cara de furia y le dijo, brutalmente, metiéndole las narices en la cara:

—¡Si no confiesas dónde está tu hijo, te va a llegar...!

El pobre tembló de pies a cabeza, hizo la señal de la cruz, miró al cielo y respondió:

—Por esta Santa Cruz que yo no sé, señor.

El suboficial le dió un par de bofetadas, y le gritó:

—¡Mentira...!

El viejo, cuando se repuso del dolor y la sorpresa, apenas pudo tartamudear:

—Yo no... yo no sé dónde... dónde está m'hijo, señor.

Transpiraba y le castañeteaban los dientes.

Roto el dominio de sus nervios, rompió a llorar a sollozos, como un niño castigado injustamente. En la imaginación del sargento cabalgaba aún la sospecha.

Volvió al rancho.

La mujer estaba inquieta.

La interpeló. Y como nada pudo averiguarle, se marchó con su tropa. Los viejos quedaron vibrando de pesadumbre. No pudieron dormir más, pensando en el brutal atropello y en José del Carmen. Se decían:

—¿Dónde estará el pobrecito?

—¿Por qué se habrá arrancao?

Llegó el día aclarando los oscuros y sombríos pensamientos de los padres, cuyos rostros conservaban aún vestigios de sufrimiento y de pavor. Se levantaron a sus quehaceres. No eran muchos, porque había pasado la época de las cosechas y todavía no se pensaba sembrar. Ella se ocupó en sus chanchos y gallinas. El empezó a cavar el pozo que debía dar agua a una pequeña huerta. Pero no avanzaba en sus excavaciones. A cada instante veíase obligado a descansar. Se fatigaba y el corazón parecía escapársele del pecho.

Llegó la hora del almuerzo.

Apenas lo probaron...

La tarde, sin la siesta de costumbre, se alargaba más y más. La pasaron ocultándose mutuamente sus terribles presentimientos. Vino la noche y el sueño se alejó para dar paso a la preocupación del «niño en desgracia».

El padre decía:

—Mejor que no venga... Lo agarrarán...

La madre contestaba:

—Podimos esconderlo...

—¿Pero dónde, mujer? En el rancho, imposible. ¿No ves que registran todo?

—En la noria que estai haciendo.

—Falta tanto todavía.

Al fin los viejos se durmieron.

A media noche, golpes discretos en la puerta desgarraron la bruma de sus sueños. Asaltados por un mismo pensamiento, preguntaron suavemente:

—¿Quién es...?

—Abran... Soy yo.

Era la voz del hijo, que resonaba como una música para ellos.

Temblando de contento encendieron la llorosa velita de sebo, se levantaron y abrieron. Un soldado moreno y fornido, con aire agotado, el uniforme y la cara llenos de barro seco, abrazó con efusión a los campesinos y susurró:

—¡Alabado sea Dios...!

Y muerto de cansancio se tiró pesadamente sobre la cama. Copito gruñía de placer, batía la cola, saltaba para alcanzarlo y lamerle las manos. Acribillado a preguntas, el mozo confesó:

—Deserté porque un sargento abusador me dió de patás y bofetás.

Por las señas, los viejos reconocieron al hombre que buscaba con tanto empeño a José del Carmen.

El recién llegado, que no podía más de sueño y de fatiga, habló como un ebrio:

—Los señores oficiales... eran... eran buenos conmigo.

Soltó dos o tres palabras incoherentes y se quedó profundamente dormido. La madre le tapó los pies con un chal de lana que tenía sobre sus hombros. El padre, temeroso de una sorpresa, de cuando en cuando abría la puerta, salía agazapado al patio que daba al camino y aguzaba el oído. El mutismo más profundo de la comarca lo tranquilizaba, y volvía al rancho. Encontraba a la vieja de pie, los brazos cruzados sobre el pecho, en muda contemplación del hijo.

Al amanecer, cuando cantó el gallo ronco de la modesta casita, el padre se colocó de centinela en las proximidades del camino. Fumaba y se paseaba con mal disimulada intranquilidad.

Con el sol alto, se despertó José del Carmen. Se despertó sonriendo a los viejos, que estaban a su lado y lo miraban con ojos de ternura, ojos de inseguridad como el despertar de un sueño agradable... Se enderezó de un salto y los estrechó y confundió en un largo abrazo. Les dijo:

—¡Tengo un hambre...!

La madre salió disparada a la cocina. Salió enredándose en sus largas faldas azules. A poco volvió con un plato de papas y huevos fritos y un vaso de chicha color rubí. Mientras comía y bebía con avidez que despertaba el apetito de un muerto, le detallaron la venida del sargento con cara de mono.

La indignación removió el rencor en su alma:

—¡Es un canalla! Por no matarlo, deserté. Más valía que le hubiera pegado un tiro...

Y contó que para escaparse del campamento y llegar hasta su casita, había tenido que hacer grandes rodeos y marchar de noche solamente. El padre suspiró largo. Preguntó:

—¿Y qué pensai hacer ahora...?

—Esconderme... Si me pillan me fusilan.

La madre, aterrada, se tomó la cabeza y sollozó:

—¡Ay, por Dios...!

El viejo opinó, acariciando su barba plateada:

—Es mejor presentarse. Así achican el castigo...

José del Carmen contestó con vergüenza y amargura:

—Pero yo deserté en tiempo de guerra... Y para más recacha, estaba de centinela...

Los padres, que por instinto comprendieron el peso de estas dos circunstancias agravantes, abatieron la cabeza.

El día y la noche la pasaron inquietos, en continuo sobresalto, temerosos de que llegara alguna comisión militar. Al menor ruido de la escasa gente que traficaba por el camino vecinal, metían al hijo debajo del catre y lo tapaban con ropas viejas y un cuero de buey.

Al día siguiente, la madre propuso terminar la noria para ocultar al «niño». Pero éste, que casi siempre se arrepentía de sus arrebatos y cuya conciencia estaba ya influenciada por las leales palabras del viejo, protestó:

—No vale la pena. Me encontrarán de todas maneras. Es mejor que me presente, como dice mi padre.

La madre se exaltó:

—¿Entregarse...? Ni por na, niño. Sácate el uniforme. Arranca. Andate lejos...

El mozo repuso, descorazonado:

—¿Pero adónde ir...?

Indicó con el brazo extendido la comarca que los rodeaba:

—Y en este llano... En este peladero... Sin un bosque donde esconderse...

Se puso de pie y agregó resueltamente:

—Hay que entregarse. Vamos... Acompañeme, taitita.

—Yo también voy—gritó la vieja, atándose apresuradamente un pañuelo rojo a la cabeza.

¡Como toda madre, pensaba que su presencia ayudaría a salvar al hijo!

En unos cuantos minutos estuvieron listos, cerraron la puerta y partieron. Marchaban como los indios: callados, uno

detrás del otro. Copito iba adelante ahuyentando lagartijas y mariposas en las cercas de la carretera.

Varias veces los viejos se sacaron y volvieron a poner los zapatos. Buscaban la comodidad que les robaba el cansancio y la dureza del tosco calzado. En algunas casas del camino se detuvieron a pedir agua. Se refrescaban un instante y seguían animosos la marcha.

Atravesaron viñedos enrojecidos por el otoño, rastrojos que parecían barbas sin afeitar, vegas con olor a yerbabuena, y hasta bordearon una laguna que brillaba al sol como espejo y se animaba con el canto de las ranas. Y después de ocho horas, y apenas cuatro breves descansos que los obligó a tomar José del Carmen, llegaron a un enorme campamento militar.

Llegaron a la caída de la tarde.

Las carpas blanqueaban en una hondonada del terreno; las armas, en pabellones, resplandecían en las plazas de alarma y los soldados hormigueaban bulliciosos de un lado para otro. Un centinela detuvo a los recién llegados y llamó al cabo de guardia. José del Carmen se cuadró haciendo resonar los tacos de sus botas, y le dijo avergonzado:

—Soy desertor... vengo a presentarme.

—Pasa...

Los viejos quisieron seguir detrás, pero el cabo los contuvo.

—¡Altooo! Ustedes, no...

—Son mis padres... Van a hablar con mi comandante... indicó el soldado Orellana.

—Esperen. Voy a consultar a mi teniente.

Entró a una carpa tortuga, con banderín tricolor al tope, que estaba a treinta pasos. Volvió diciendo:

—Pueden pasar, también.

... Apenas se presentó el desertor, el capitán de su compañía, después de interrogarlo y reprenderlo, lo mandó con centi-

nela de vista a una pequeña tienda situada al lado de la guardia. Y dió cuenta al comando.

El viejo Orellana, sin la presencia de su hijo, temblaba de encontrarse con el sargento que lo había vejado. Por suerte le costó poco hallar al jefe del regimiento. Retorciendo el sombrero de paño entre sus manos callosas, le clamó:

—José del Carmen es mi único hijo... ¿Quién me cerrará los ojos...? No lo fusile, señor.

El comandante, con aire entristecido, contestó:

—No depende de mí su suerte... El Consejo de Guerra decidirá.

La vieja, que no le despegaba la vista, preguntó con malicia femenina:

—Y usted... y usted, mi caballerito, ¿tiene hijos...?

Con voz temblorosa, repuso:

—Tenía uno... Lo perdí en el último combate...

—Haga algo por el mío, entonces.

El marido indagó, a su vez:

—¿Lo fusilarán, señor?

El jefe le dió una mirada llena de bondosa lástima:

—Pueda que no... Vuelvan mañana. A las ocho sabrán el resultado.

Sonrió contenidamente, con sonrisa que era una barrera amable de silencio...

Los labriegos se despidieron acariciando algunas esperanzas.

Alojaron bajo el techo roto de un caserón en ruinas, a media legua del campamento. No pudieron dormir. La viejecita rezaba y volvía a rezar por la suerte de su hijo. El viejo cabeceaba acurrucado en un rincón.

De tarde en tarde, el graznido de una lechuza sacudía el silencio y erizaba el aire.

... Al salir el sol, más hermoso que nunca, se preguntaron:

—¿Serán las ocho ya...?

Y sin poder soportar mayor espera, volvieron al vivac. Volvieron nerviosos, a grandes pasos, tropezando en su inquietud. De cuando en cuando soltaban alguna palabra que parecía quedarse atrás, rezagada, y caer pesadamente sobre el camino que se estiraba más y más.

Al llegar, desde una altura divisaron que la tropa estaba reunida. Semejaba una impecable formación de soldaditos de plomo. El viejo preguntó al primer hombre al alcance de su voz:

—¿Están jugando al ejercicio, amigo...?

—Nooo... Van a fusilar a un desertor.

—¡Virgen Santísima...! —exclamaron los campesinos.

Y paralizados por la impresión, se detuvieron algunos instantes. Después, impulsados por el terror, corrieron hacia adentro del campamento sin oír las órdenes de un vigilante que les gritaba detenerse. Corrieron con la mente oscurecida, temblequeando y enredándose en los vientos de las carpas. Lloraban y clamaban:

—¡Esperen...! ¡No lo afusilen todavía...! ¡No lo afusilen, por Dios!

Y cayendo y levantando llegaron hasta distinguir el gran cuadro que formaba la brigada de infantería. En un extremo estaba el ajusticiado, de pie contra una obra de ladrillos rojos, la vista vendada y las manos atadas a la espalda. Un capellán militar se retiraba en puntillas de su lado, la cabeza humillada y un Cristo de bronce en alto. Ocho tiradores, que tenía al frente, descargaron los fusiles a la muda señal del sable de un oficial. El eco de los disparos resonó amenazador en el valle... El desertor se dobló como una espiga tronchada y rodó suavemente por tierra, enrojeciendo el suelo con su sangre.

La madre, enloquecida de dolor y desesperación, se volvió contra su marido, lo remeció de las barbas y le gritó:

—¡Vos tenís la culpa...!